

FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO

UNA MÍSTICA DEL NUEVO MUNDO

La literatura mística constituye un capítulo de la vida espiritual de la humanidad. El impulso hacia la divinidad, el deseo de perfeccionamiento moral, la angustia metafísica y el ascetismo preocupan a muchos, pero —sin embargo— pocos son los que han llegado a la directa comunicación con Dios. Sin duda, el hecho místico se escapa a la comprensión de los no iniciados. Todos los místicos coinciden en calificar esta experiencia de *inefable*. No obstante, el estudio de la experiencia mística permite afirmar una cierta coincidencia en las etapas que se cumplen antes de llegar a la unión con Dios. En esta experiencia de lo sagrado los prolegómenos de la unión con Dios implican una vía purgativa, un ascetismo, un vencimiento de las ataduras materiales con el mundo y un conocimiento de sí mismo mediante la meditación. Es como un descubrimiento de una fuerza viva que es, ciertamente, una fuerza divina que habita en el alma¹.

Sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo (1671-1741) es una mística colombiana que escribe sus experiencias en una prosa inflamada por el amor a Dios en sus *Afectos espirituales*. Iniciada la obra a los 19 años de edad —en

¹ La meditación es el camino para llegar a la contemplación. El alma en la meditación es un vaso tosco y sin pulir, pero en la contemplación las aguas del alma se juntan con las aguas vivas de la divinidad y llegan a un goce místico. Hatzfeld cita a un estudioso de San Juan de la Cruz que se refiere a la meditación y contemplación y dice que “la una es el llamar a la puerta, la otra es verla abrirse” (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Puntos de amor*, núm. 64, en *Obras*, ed. P. Bernardo de la Virgen del Carmen, 2 vols., Buenos Aires, 1942, vol. II, pág. 443). (HELMUT HATZFELD, *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 122).

1690 — es finalizada en el crepúsculo de su vida. Desde los 18 años vive adscrita al Real Convento de Santa Clara, en la villa de Tunja, en Colombia. Y es por mandato de su confesor² por lo que empieza a escribir los *Afectos*. Se sabe que fue abadesa de su convento cuatro veces y que sufrió indecibles angustias espirituales y de salud. Las religiosas a su cargo mantienen frecuentes estados de insubordinación y la amenazan y escarnecen. Simultáneamente, experimenta uniones místicas con Dios. En 1740 predice su próxima muerte. En 1843 se publica la primera edición de los *Afectos espirituales* con el título de *Sentimientos espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*³. Nació, vivió y falleció en Tunja, en medio de una sociedad colonial hispanoamericana cuya fuerza coercitiva e inquisitorial gravitó sin atenuantes. Su vida recogida y sus deberes conventuales se vieron, a menudo, perturbados por graves problemas familiares que se apresuraba a resolver. Acogió en el convento a su madre tullida y a una sobrina que había quedado ciega. Las vicisitudes por las cuales atraviesa las narra en el libro que se publica con el título de *Su vida*⁴.

Las lecturas de Sor Francisca fueron pocas, pues el acceso a libros era escaso. Le gustaba leer a Juana Inés de la Cruz, de la cual tenía textos copiados al acaecer su muerte. Cuenta que su madre le leía a Santa Teresa, de lo cual emergió un deseo de imitarla⁵. San Juan de la Cruz es otro autor de

² Se trata del Padre Francisco de Herrera: "Acordéme de todos los consejos y direcciones, en particular de V.P. p.m., del Padre Francisco de Herrera, del Padre Juan de Tovar, Juan Martínez y del Padre Juan Romero, que todos habían díchome una misma cosa, y los modos casi milagrosos con que dispuso el que comunicara a algunos de estos padres. También me hizo presente cuanto escribí, desde que el Padre Francisco de Herrera me lo mandó ..." (Afecto 105, pág. 236).

³ Cito a SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN DE CASTILLO según la edición de sus *Obras completas*, introducción, notas e índices elaborados por Darío Achury Valenzuela, 2 vols. (Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Luis-Angel Arango, 1968).

⁴ SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN DE CASTILLO, *Obras completas* (ver nota 3), tomo I, *Su vida*.

⁵ "Leía mi madre los libros de Santa Teresa de Jesús, y sus *Fundaciones*, y a mí me daba un tan gran deseo de ser como una de aquellas monjas, que procuraba hacer alguna penitencia..." (*Su vida*, capítulo XI, pág. 180).

su predilección. Sin embargo, y por sobre todo, la principal influencia que recibe es de la Biblia⁶.

El libro de los *Afectos espirituales* encierra en sus páginas una radiografía espiritual de la búsqueda de Dios. Allí está el desasosiego de la vida purgativa, así como la meditación, los sumergimientos contemplativos y los éxtasis místicos en un lenguaje sencillo, pero que coincide con el *corpus* de recursos simbólicos o metafóricos del misticismo.

Dos vertientes fecundan con sus raudales espirituales la mística española: la corriente musulmana, a través de Raimundo Lulio, y la corriente germánica, con la obra de Jan van Ruysbroeck⁷. Por otra parte, el catolicismo se preocupa más por la vida interior hacia fines del siglo xv y principios del xvi por influencia de Erasmo de Rotterdam. En este humus propicio se desarrolla la planta exótica del misticismo. San Ignacio de Loyola propicia la ascética, la meditación y el ejercicio de la virtud. Con sus *Ejercicios espirituales* Loyola entrega un manual para la meditación y el vencimiento de sí mismo. Promovida la publicación de libros religiosos por el Cardenal Cisneros, la literatura de carácter sagrado se difunde. En 1513, Cisneros publicó las obras de Raimundo Lulio, al cual admiraba. Lulio había recogido muchos elementos de la mística árabe, especialmente del musulmán Abenarabi⁸.

⁶ Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Reyes, Tobías, Judit, Ester, Job, Salmos, Proverbios, Cantar de los Cantares, Eclesiástico, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Jonás, San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, Hechos de los Apóstoles, Epístolas de San Pablo a los corintios, Apocalipsis.

⁷ "Tanto el Oriente como el Occidente han contribuido con su parte a la formación del lenguaje de los místicos españoles, como ha sido el caso prácticamente con todos los fenómenos de la civilización española ... Ambas influencias se pueden concretar en dos autores místicos, a quienes conocían realmente los españoles, sin que sea preciso ir a buscar remotas fuentes árabe (Ibn Arabi) o germánica (el maestro Eckart): esos dos autores son Raimundo Lulio y Jan van Ruysbroeck". (HATZFELD, *Estudios*, págs. 118 y 119).

⁸ ABENARABI, místico musulmán nacido en Murcia (1164-1240), cuya obra maestra es el *Fotuhāt* (Libro de las revelaciones de la Meca), parte de la cual aparece extractada en *El Islam cristianizado* de MIGUEL ASÍN PALACIOS (Madrid, 1931). HATZFELD cita a Arberry: "Está fuera de duda que sus [de Lulio] escritos místicos están influidos por las especulaciones de los sufíes" (ARTHUR J. ARBERRY,

El estudio de la simbología, las metáforas y el lenguaje místicos guarda un encanto misterioso. Hay coincidencias que hermanan a todos los hombres que se han acercado a la divinidad. La idea de *Centro*, identificada con Dios, es generativa de una simbología universal. En este *Centro* convergen todas las fuerzas espirituales y desaparecen todas las apetencias terrenales o materiales. Esta idea coincide con las tradiciones más antiguas: "el punto es el emblema del Principio, y el círculo el del Mundo"⁹. Viajar a su centro es reencontrarse con su origen. Allí está Dios o la unidad primordial, es decir, la sabiduría. Jesús "hizo el verdadero viaje, el más largo: el viaje hacia su centro. Peregrino hacia su ser para realizarlo en el Ser"¹⁰.

La morada séptima del *Castillo interior* de Santa Teresa de Jesús corresponde a este mismo concepto de *Centro*. A través de muchas habitaciones se va acercando el alma, por la mortificación, a este perfeccionamiento interior que la ha de identificar con Dios, al más sublime momento del éxtasis místico. Este *Centro* en reposo es como el motor absoluto de Aristóteles. Es el centro de la rueda o el centro solar. Centro en que todo permanece y todo es inmutable y eterno: "la fijeza del Centro es la imagen de la eternidad, donde todas las cosas son presentes en simultaneidad perfecta"¹¹. El hombre tiende hacia su origen, hacia su Centro, por su esencia divina, como punto de llegada. Este mismo pensamiento está en Sor Francisca:

... que así como de Dios, fuente de vida, salen todas las criaturas, y vuelven a Él, como los ríos al mar [Eclesiastés 1, 7], así del centro del alma, donde ha de estar como mar el amor vivo, ardiente, eficaz,

An Introduction to the History of Sufism, Londres, 1942). (HATZFELD, *Estudios*, pág. 39).

⁹ RENE GUÉNON, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Compilación póstuma establecida y presentada por Michel Valsan. Traducción de Juan Valmar (Buenos Aires, EUDEBA, 1969, pág. 52).

¹⁰ RAMIRO A. CALLE, *La enseñanza mística de Cristo*, La otra interpretación de los Evangelios (Madrid, Editorial Swan, Colección "El compás de oro", 1987, pág. 37).

¹¹ GUÉNON, *Símbolos*, pág. 56.

y actuado del Sumo Bien, quiere que salgan y tengan su principio todas las acciones, operaciones, intenciones y palabras, y que vuelvan a Él.

(Afecto 76, pág. 176)

Y también lo señala en:

Entendí: que debía llegar a su centro, y a su Dios el alma, desnuda y despojada de toda propia estimación, y que ésta es sólo como las hojarascas, o telas de viento, que la estafan y le quitan la verdad del espíritu, y la privan de la luz que participa de la verdad eterna.

(Afecto 43, pág. 119)

Este desasimiento de las ataduras del mundo, del materialismo y de todo lazo con el mundo contingente es una difícil faena. El alma tiene que luchar:

para llegar al centro, que es el mismo Dios, cuyo reino está prometido a la dichosa pobreza del espíritu con que el alma ha soltado todas las cosas que le eran impedimento, peso y estorbo.

(Afecto 60, pág. 146)

Esta estrecha senda hacia el Centro es de mortificación, especialmente en su primera etapa. De la condición humana dice Sor Francisca:

... y písala, azótala, para que produzca rosas de fragancia. Písala como a la uva, para que dé su vino de calidad, que cubre los defectos. Cócela con el fuego de la mortificación, para que sea suave manjar al gusto de Dios vivo. Golpéala una y otra vez, para que parezca más blanca que la nieve a los ojos de tu esposo celestial. Qué-mala con el fuego del sufrimiento, para que pueda servir como humo oloroso a la presencia de Dios vivo, donde el santo ángel tuyo la ofrezca en el incensario de la caridad.

(Afecto 106, pág. 238)

Este vencimiento de las bajas inclinaciones es el vencimiento de sí mismo:

Una cosa he experimentado cierta, y es, que más paz, luz y consuelo queda al alma con vencerse en alguna cosa que mucho repugna, que con tener muchas horas de oración, sin vencer aquella repug-

nancia; y vencíendose por amor de Dios, luego se halla en oración, y con paz y consuelo; y hace con facilidad y gusto lo que más rehusaba y temía.

(Afecto 95, pág. 216)

Este sufrimiento iniciático aparece asociado a la cruz en una visión:

... vía en sueños una cruz que estaba como escondida a los pies de la cama, que poco a poco iba descubriendo un brazo, tan negro y oscuro, que parecía como una noche, y así iba saliendo toda, y siguiéndome en cualquier lugar o parte donde yo andaba, de modo que ya se escondía, ya se mostraba; mas con una diferencia, que en dándole los rayos y luz del sol (que estaba en el cielo muy hermoso), se iba iluminando y llenando de hermosura como un claro cristal o viril ... teniendo por remate, en los extremos, unas hermosísimas coronas de luz y resplandor.

(Afecto 125, pág. 279)

Esta visión onírica es simbólica del paso de la vía purgativa e iluminativa a la unitiva. Para llegar a tan sublime recompensa se empieza por el camino de la mortificación — arduo — para llegar al *Ser*. Es el camino del desasimiento de todo lo mundano. Es una aniquilación de la apetencia sensorial y de todo materialismo. Morir para el mundo y sus vanidades. No en vano escribe:

Claramente he experimentado que yo sola soy mi mal, porque yo sola puedo impedir todo mi bien; y así, al paso que deseo alcanzarlo, deseo huír de mí, humillarme, deshacerme y aniquilarme; pues si llegara a una total mortificación, muriendo en mí, viviera en Dios.

(Afecto 111, pág. 250)

Más adelante, en el mismo Afecto, escribe: “desasimiento de vos misma y de todo”. En una etapa anterior, su búsqueda de mortificación era apremiante:

Tenía grandes deseos de penitencia y de toda mortificación, consuelo en las enfermedades y dolores, y más ansias de más y más pobreza. Estos me parece son las flores y frutos que desea y apetece el alma enferma del deseo de su amor y centro.

(Afecto 83, pág. 195)

El monte es un símbolo místico con que se alude a la fatigosa subida hacia Dios. Es el monte de San Juan de la Cruz en los tres libros de la *Subida al Monte Carmelo*. En esta ascensión el alma se va liberando de las apetencias temporales de los sentidos y va aumentando su fe que aparece oscura o inexplicable para la razón o entendimiento y, conseguido el total desasimiento, el alma llega al más alto estado de perfección o de unión con Dios. De sus cantos dice San Juan de la Cruz que contienen “el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios”¹². Este símbolo se asocia a la pirámide y al triángulo con el vértice hacia arriba. El vértice que más se aleja de la tierra representa a Dios. Es un único vértice y domina un área que representa el mundo celestial¹³.

Las pasiones que descontrolan el alma —la ira, el enojo, la venganza— son elementos distorsionantes que perturban e impiden el acceso a la verdad, al sumo bien, a Dios. Sor Francisca se refiere a estas rémoras:

¿Cómo han de sentarse a la mesa con vestiduras manchadas? [San Mateo, 22, 12]. ¿Cómo han de subir al monte del Señor [Salmos, 23, 3], sin tener / las manos limpias, ni el corazón puro y limpio?

(Afecto 70, pág. 167)

Congojas espirituales y adhesión a los dolores de la pasión de Cristo transforman el lenguaje de Sor Francisca en una apostrofada incitación a “subir el monte”. Le duele que el hombre, a la vista de Jesús llagado en la cruz, no decida

¹² *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, edición crítica, notas y apéndices por Lucinio del SS. Sacramento O.C.D., 5ª ed. (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica, 1964, pág. 363).

¹³ “...la representación del centro primordial por la montaña corresponde propiamente al período originario de la humanidad terrestre, durante el cual la verdad era íntegramente accesible (de donde el nombre de *Satya-Yuga* [‘período de la verdad’], y la cúspide de la montaña es entonces el *Satya-Loka* o ‘lugar de la verdad’” (GUÉNON, *Símbolos*, pág. 186).

seguir las huellas divinas y encamine sus pasos “para subir al monte de la perfición” (Afecto 62, pág. 150). Las virtudes son los peldaños de ascensión. La paciencia, humildad y obediencia son “los montes excelsos adonde deduce al alma victoriosa en el cantar de los salmos” (Afecto 85, pág. 197).

La luz simboliza lo celestial y lo espiritual. El alma ha de pasar de la oscuridad a la luz, pues la luz es la sabiduría: la presencia divina. En San Juan de la Cruz, la noche del sentido trata del desasimiento de los goces materiales, de lo sensorial, de lo temporal y contingente, dejando abiertos los sentidos del espíritu al goce inefable de Dios. Las tinieblas y la oscuridad están asociadas al pecado con una fuerza bipolar en que sus contrarios — la luz, lo angelical, la santidad, lo divino — se contraponen. En esta antítesis de lo demoníaco y lo celestial solamente Dios puede anular las tinieblas:

... porque a donde Tú estás, no escurecen las tinieblas, antes la noche alumbra como un claro día; y para el que de veras ama, como no se aparte de su amado, como la luz son las tinieblas.

(Afecto 57, pág. 141)

Luz y sabiduría divinas anulan las tinieblas:

... mas si te allegares al Señor, serás iluminada con su luz, y Él participará su luz a tu lucerna, y aun tu Dios alumbrará tus tinieblas [Salmos 17, 29], y las iluminará como un hermoso día¹⁴.

(Afecto 67, págs. 162-163)

La idea de oscuridad va asociada a la idea de cárcel. El alma yace en la cárcel del cuerpo, en la cárcel de los sentidos y desea ser liberada y volar hacia Dios. Ya lo decía Fray Luis de León: “¿Cuándo será que pueda, / libre de esta prisión, volar al cielo?” (Oda “A Felipe Ruiz”). Es el deseo místico de liberarse de la cárcel oscura de los sentidos y llegar a la presencia de la luz divina, después de pasar por el yunque

¹⁴ Este mismo concepto es repetido en el Afecto 58, pág. 143.

purificador de la muerte. Este concepto es repetido por Sor Francisca:

¿Cuándo volverás a mí los ojos, y sacarás mi alma de la cárcel, para que te bendiga?

(Afecto 79, pág. 181)

El cuerpo, los sentidos, como cárcel del alma, es una metáfora muy repetida en la literatura, en general, y en las literaturas místicas, en particular. La prisión del cuerpo tiene de sus hierros terrestres hacia lo oscuro, es decir, hacia el pecado. Vuelve a repetir la idea en:

Toda el alma se va a este Señor, y está como el avejilla presa, que ve a la vista la libertad y la espaciosa región del aire ... mas lo anda buscando dentro de su prisión y sustentándose de algunas migajas ...

(Afecto 112, pág. 253)

El pecado y el materialismo tienden sus redes y atractivo y alejan al hombre de su destino divino:

El hombre fue puesto en honor para ser hijo de la luz, mas amó más las tinieblas.

(Afecto 170, pág. 390)

La bipolaridad de luz y tinieblas, de lo negro y lo blanco, del día y la noche, nos lleva a considerar el signo positivo de la luz. La luz, como símbolo, también corresponde a un fundamento que lo asocia con el Principio, con la Unidad, con Dios¹⁵.

¹⁵ La luz está compuesta por los siete colores del arco iris, pero —en verdad— son sólo seis, pues el séptimo es el blanco, del cual se generan los demás: los tres colores fundamentales (azul, amarillo, rojo), y los tres complementarios (naranja, violeta, verde). El blanco completa el septenario. Los colores se reintegran en el blanco y se separan de éste. El blanco es la unidad, el Principio. Guénon considera que "en un septenario así constituido, uno está en el centro y seis en la circunferencia; en otros términos, tal septenario está formado por la unidad y el senario, correspondiendo la unidad al principio no-manifestado y el senario al conjunto de la manifestación" (GUÉNON, *Símbolos*, pág. 306). El séptimo rayo — o rayo "central" o axial — que pasa a través del sol, es asociado

El Principio está y. estará en los elementos a que da origen, así como Dios está en cada uno de los seres de la creación. El hombre ha de retornar a su Principio del cual nunca, en verdad, ha estado separado. Alejado de su esencia divina, o de su vínculo con su Principio, no puede haber reposo ni contento.

Muchísimos otros símbolos se encuentran presentes en la obra de Sor Francisca Josefa de Castillo: el corazón de Jesús, asociado a vaso y a rosa; el agua, como principio de vida y elemento purificador; el fuego, también con este valor y, además, como fuerza de destrucción y de prueba; el árbol, como símil de la cruz; el águila, como elemento de resurrección; la nave, como símbolo de la vida; así como reptiles y animales, asociados con el pecado y el demonio. Sor Francisca coincide con estas metáforas-símbolos místicos. Así, también participa del lenguaje místico que se desarrolla en una amplia retórica erótica desde cuando el *Cantar de los cantares* se transformó en fuente de inspiración del misticismo. Se refiere al amor divino con elementos que se aplican al amor humano.

Para ella es amor verdadero el que busca:

... conformar los quereres y dictámenes propios con el amado, amar lo que ama, y aborrecer lo que aborrece.

(Afecto 96, pág. 216)

Más aún:

... es referir todas las cosas al amado. Si se habla, es del objeto que se ama; si se oye hablar con gusto, es de él o por él. Todo lo demás cansa y es molesto.

(Afecto 96, pág. 217)

por Guénon con el séptimo color, pues como centro geométrico —o punto primordial— es el punto por donde pasan, o se gestan, las seis direcciones posibles en la representación geométrica de los “siete rayos”. Las seis direcciones del espacio que forman la cruz de tres dimensiones, y el centro mismo del cual esas direcciones emanan, se pueden asociar al séptimo color. En ambos casos se da un elemento primordial que da origen y al cual retornan dichos elementos. Las direcciones de que se ha hablado son el desarrollo de las posibilidades contenidas en el punto primordial, así como los colores lo son del color blanco de la luz que les ha dado origen (GUÉNON, *Símbolos*, pág. 306).

En su obra, la brevedad de la vida y lo despreciable que es lo temporal contingente y, además, la fealdad absoluta del pecado, son consideraciones que aleccionan al hombre en busca del acercamiento a Dios:

Mira, pues, no vayas tras el odio o amor de las criaturas, que uno y otro tienen su tiempo limitado debajo del sol.

(Afecto 87, pág. 201)

Francisca de Castillo, junto con San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, participa de la vida unitiva. Este éxtasis es el goce de la liberación del alma, del conocimiento de Dios y de la luz y verdad fundamentales.

Separada del mundo, pudo beber de la más alta fuente y le fue concedido arder en la llama que no cesa.

ALICIA GALAZ-VIVAR WELDEN

The University of Tennessee.

BIBLIOGRAFÍA

- BRUNTON, PAUL, *El sendero secreto (Una técnica para el descubrimiento del Yo espiritual en el mundo moderno)*, 2ª ed., traducción de la 27ª ed. inglesa por Néstor Morales Loza, Buenos Aires: Editorial Kier, Colección Horus, 1965.
- CALLE, RAMIRO A., *La enseñanza mística de Cristo*, Madrid: Editorial Swan, Colección "El compás de oro", 1987.
- CASTILLO, FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN DE, *Obras completas (Según fiel transcripción de los manuscritos originales que se conservan en la Biblioteca Luis-Ángel Arango)*, 2 vols. Introducción, notas e índices elaborados por Darío Achury Valenzuela, Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Luis-Ángel Arango, 1968.
- CRUZ, SAN JUAN DE LA, *Obras de San Juan de la Cruz*, 3ª ed. Edición y notas del P. Silverio de Santa Teresa, Burgos, Tipografía de "El Monte Carmelo", 1943.

- , *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, 5ª ed. Edición crítica, notas y apéndices de Lucinio del SS. Sacramento O.C.D., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1964.
- , *Poesía*, 2ª ed. Edición de Domingo Yndurain, Madrid: Ediciones Cátedra, Letras Hispánicas, 1984.
- FERGUSON, GEORGE, *Signs and Symbols in Christian Art*, New York, Oxford University Press, 1959.
- FERNÁNDEZ LEBORANS, MARÍA JESÚS, *Luz y oscuridad en la mística española*, Madrid, Cupsa Editorial, 1978.
- GIMENO CASALDUERO, JOAQUÍN, *La creación literaria de la Edad Media y del Renacimiento*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1977.
- GUÉNON, RENÉ, *Simbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, compilación póstuma establecida y presentada por Michel Valsan, traducción de Juan Valmard, estudio preliminar de Armando Asti Vera, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.
- , *La gran tríada*, traducción de Francese Gutiérrez, Barcelona, Ediciones Obelisco, 1986.
- HATZFELD, HELMUT, *Estudios literarios sobre mística española*, 2ª ed. corregida y aumentada, Madrid, Editorial Gredos, 1968.
- JESÚS, SANTA TERESA DE, *Su vida*, prólogo de Carlos Prieto García, Madrid: Editorial Libra, 1970.
- LINCOLN, VICTORIA, *Teresa: a woman (A Biography of Teresa of Avila)*. Edited with Introductions by Elias Rivers and Antonio T. de Nicolàs, Albany, State University of New York Press, 1984.
- MAHADEVAN, T. M. P., *Spiritual Perspectives: Essays in Mysticism and Metaphysics*. Edited by T. M. P. Mahadevan, New Delhi, Arnold-Heinemann, 1975.
- MANCHO DUQUE, MA. JESÚS, *El símbolo de la noche en San Juan de la Cruz (Estudio Léxico-Semántico)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1982.
- MORÓN ARROYO, CIRIACO, *La mística española, I (Antecedentes y Edad Media)*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1971.
- PEERS, E. ALLISON, *El misticismo español*, traducción del inglés por Carlos Clavería, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1947.
- PELLE-DOUEL, YVONNE, *San Juan de la Cruz y la Noche mística*, traducción del francés por Luis Hernández Alfonso, Madrid, Aguilar, 1963.
- RUANO, NAZARIO, *Desnudez: lo místico y lo literario en San Juan de la Cruz*, México, Editorial Polis, 1961.

SÁNCHEZ MOGUEL, D. ANTONIO, *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús: juicio comparativo de sus escritos con los de San Juan de la Cruz y otros clásicos de su época*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915.

URBINA, FERNANDO, *Comentario a "Noche oscura del espíritu" y "Subida al Monte Carmelo" de San Juan de la Cruz*, Madrid, Ediciones Marova, 1982.

VALENTE, JOSÉ ÁNGEL, *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1971.

—, *Ensayo sobre Miguel de Molinos*, Barcelona, Barral Editores, 1974.